

II.

Las serpientes.

El sol estaba á punto de aparecer en el horizonte, y la claridad alumbraba ya con esas medias luces de la mañana, que son como la primavera del día. El *Mistral* continuaba su marcha á todo vapor.

—¡Á fe mía (dijo el Capitán á Placial), que los pasajeros han experimentado emociones esta vez! ¡Ah, truenos y rayos! ¡Otra vez se han de mirar algo más antes de embarcarse con leones!...

Á la vez que hablaba con Estradère, Montpezat pidió noticias sobre el marinero que había causado este pánico. El pobre diablo era un viejo maluino, que más de cien veces había estado á punto de caer al mar hallándose embriagado. El aguardiente le había costado caro esta vez.

—Lo siento; pero ¡qué diablos! (dijo Montpezat.) No se compromete así, por un absurdo empeño de borracho, la seguridad de una tripulación. Por otra parte, no tenemos que reprender ni castigar á nadie. La fatalidad se ha encargado de ello.

Mientras que tripulantes y pasajeros se aglomeraban á popa alrededor del león muerto, el Capitán continuaba aspirando el aire fresco de la

mañana en compañía de Placial, cuya mano cogida entre las suyas estrechaba de tiempo en tiempo, con un afecto y una admiración evidente.

—Con todo esto, ¡ved ahí dos leones perdidos para vos! ¿Os han costado caros?

—Bastante caros. ¡Diez y siete mil francos! ¡Ocho mil quinientos francos por cabeza! Pero lo que siento, sobre todo, es el desgraciado que...

—¡En la guerra como en la guerra!, ó, más bien, ¡en la mar como en la mar! Hoy le ha tocado á él, mañana me tocará á mí (dijo el Capitán, haciendo chascar sus dedos.) ¡Así va el mundo!

Y mientras decía esto, paseaban llevando el Capitán apoyado familiarmente su brazo sobre la espalda de Placial, cuando apercibió éste al indio Katchar, que, semejante á una aparición, salía del entrepuente, y se adelantaba hacia su amo.

—¡Oh, oh! (dijo el domador.) ¿Corremos todavía algún peligro? Katchar nos trae una mala noticia.

—¡Katchar!

—Le conozco bien. Su labio tiembla. ¡Mala señal!

—¡Mil truenos! Apuesto que vuestro endiablado tigre....

—¿*Tiberio*? No; *Tiberio*, obedece. Yo temo que ocurra otra cosa más grave.

Katchar había llegado cerca de los dos hombres sin pronunciar palabra. Marchaba con paso rígido y lento, pero su rostro bronceado estaba pálido, y en sus ojos negros se descubría, no el miedo (era un sentimiento que desconocía por completo el indio), pero sí una inquietud evidente.

Cuando estuvo muy cerca del domador, tocando

casi cara con cara, Katchar dijo en voz baja á Placial:

—Tengo que hablarte.

Placial se retiró algunos pasos. El Capitán vió que el indio se estiró para decir algunas palabras al oído del domador, que inclinaba la cabeza, y, en el acto, el rostro de Estradère, tan sereno y tranquilo poco antes delante de los leones, se puso pálido como un sudario.

Montpezat tembló; no por él, sino por su buque. Evidentemente un accidente nuevo, y esta vez más terrible que el primero, amenazaba á la tripulación. Para que un hombre como Placial palideciese así, era necesario que el peligro fuese aterrador.

—¡Ah! ¿Pero qué pasa ahora de nuevo? ¡Ira de Dios!—exclamó el Capitán.

Placial, con semblante inquieto, se adelantaba hacia él para hablarle.

—Capitán (le dijo): tengo que hacer un llamamiento á toda vuestra energía. Las bestias feroces no significan nada; pero en mi colección de animales hay algunos más peligrosos....

—¿Las serpientes?—preguntó Montpezat, á quien un instintivo horror le anunciaba que se trataba de estos reptiles.

—Sí; las serpientes,—respondió Placial.

—¡Ah! ¡Voto á San Pedro! ¿No se habrán escapado?

Placial no respondió.

—¿Escapadas las serpientes? (dijo Montpezat, que sentía ya sobre su epidermis, súbitamente fría y rugosa, esa impresión que hace poner la piel, como vulgarmente se dice, de *carne de gallina*.) ¡Que el diablo sea con vuestras cajas

y vuestras fieras, sangre del diablo! ¡Serpientes, serpientes en libertad! ¡Uñas, y dientes, y cuernos de Satanás! Serpientes, que se escapan ahora....

—Saltando uno de los leones, ha quitado el fondo á unas cajas donde dormían enroscados los reptiles, y, á pesar de su estado de aletargamiento, las serpientes han huído.... ¡Es horrible!....

—Pero ¿adónde, adónde estarán?

—¿Y quién lo sabe?

—¡Serpientes! (dijo el Capitán, plegando los labios con un gesto de disgusto.) ¡Serpientes agazapadas, escondidas en un buque! ¡Cabeza de Mahoma, con turbante y media luna! Tenéis razón, Placial; es horrible, espeluznante todo esto. ¡Veamos! ¡Veamos! ¿Qué vamos á hacer?

El Capitán había recobrado bruscamente la posesión de su sangre fría. Volvió á ser en el acto el comandante del buque, el hombre que respondía de la vida de los tripulantes y pasajeros.

—Veamos (dijo el Capitán al indio); esas serpientes, ¿no las habéis visto alrededor de sus cajas?

—No,—dijo Katchar.

—¿Cuántas son las que se han escapado?

—Cuatro.

—¿De qué especies?

—De especies peligrosas. Una *cobra di capello*, ó sea la serpiente de anteojos. La mordedura de este reptil mata á un hombre en un cuarto de hora. Una *manddala-naga*, cuya picadura produce en la piel como una lepra. Una *kalaga-manddala*, cuya mordedura os deja vivo, pero os hace pudrir la carne y los huesos poco á poco, ocasionando al fin

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RAYES"
MAY 15 1925 MONTERREY, MEXICO

una muerte horrible. En cuanto al cuarto reptil, es inofensivo. Es el *hawa*, la serpiente azul, que no es venenosa.

—¡Hola, hola! (dijo Montpezat.) ¿Vuestras cajas contenían esos nidos de veneno? Antes que yo vuelva á admitir á mi bordo semejantes cosas, se han de ver las estrellas á mediodía. Serpientes venenosas, la *naga*, *haga* y *waga*, ¿y qué se yo? ¡Que el diablo os lleve!

—Antes del embarque, no he tenido tiempo de arrancarles los dientes venenosos que las hacen tan peligrosas (contestó el indio); pero si las encuentro, lo haré.

—¿Lo haréis? ¿Y cómo?

El indio mostró sus manos, y dijo:

—¡Con mis dedos!

Katchar había pronunciado estas palabras con un tono sencillo, como si se tratara de realizar el acto menos peligroso del mundo.

El Capitán pensó en el valor desplegado por Placial delante de los leones, y se convenció de que estos dos hombres intrépidos valían realmente tanto el uno como el otro.

—He aquí lo que me tranquilizaría un tanto, si yo pudiera llegar á tranquilizarme. Pero ¡qué terror se apoderaría de los pasajeros si llegasen á sospechar!... Se volverían locos de miedo. ¡Ah! ¡desgraciada travesía! Es preciso que los pasajeros no sepan una palabra. Nada de confidencias, ¿entendéis? Nada...., y todo lo que me digáis que debo hacer, lo haré. Como hace algunos momentos, vos ordenaréis, y yo obedeceré. ¡Truenos y rayos!

—Haced que coloquen en los ángulos del entrepuente varios platos con leche (dijo Placial); y cer-

ca de ellos algunos marineros de centinela, hacha en mano, y muy vigilantes. Exigid juramento á los hombres de la tripulación de no revelar nada á los pasajeros. Organizaremos una caza en el entrepuente del buque, y...., ¡qué diablo!, más ó menos pronto, encontraremos esas malditas serpientes.

—Es necesario hallarlas,—respondió Montpezat.

Katchar, cuya mirada vaga y sin fijeza brillaba con un fuego sombrío, parecía perseguir en su imaginación un pensamiento extraño.

Lo que Placial había aconsejado, se ejecutó al momento. Reunidos los marineros, juraron guardar secreto, y entonces, en el oscuro entrepuente del buque, y en los rincones más sombríos y aterradores, aquellos hombres, oficiales y marineros, con el hacha en una mano y la linterna en la otra, pálidos como espectros, latiéndoles el corazón con más fuerza que si se hubiera tratado de un abordaje, buscaban detrás de los toneles, de las cajas y entre los cordones, aquellas serpientes ocultas en la obscuridad, que, venenosas é invisibles, podían deslizarse por las aberturas de las tablas hasta los camarotes de los pasajeros, y morderles cuando se hallaran dormidos.

Nada más imponente que esta caza silenciosa. No se sentía el más ligero ruido. Los pasajeros tomaban el fresco sobre cubierta, y comentaban, ya tranquilos, la terrible aventura de la muerte de los leones. La cantante de opereta lanzaba alegremente al viento algunas coplas, y mientras tanto, en la obscuridad del puente, unos cuantos hombres, parecidos á fantasmas, continuaban dando caza á los reptiles, desesperados de no hallarlos.

Un marinero, llamado Lemagnen, de Cherburgo, decía en voz alta :

—Mejor quisiera verme en cien abordajes, en frente de los cañones vomitando metralla, que habérmelas con serpientes. ¡Preferiría habérmelas con el diablo!

Largas horas habían transcurrido en esta situación angustiosa. La noche había llegado. A la comida, los pasajeros reían alegremente, mientras que los movimientos del buque hacían saltar ligeramente los platos sobre la larga mesa del comedor. Notaban con extrañeza que Placial Estradère no había ocupado su asiento habitual.

—¡Yo espero (dijo el representante de la casa de comercio) que Estradère no se ocupará en lanzar de nuevo sus tigres sobre nuestras piernas!

Placial, á esta misma hora, había llamado aparte al indio, y con voz que salía con dificultad de su garganta apretada :

—He aquí una cosa siniestra, Katchar (le había dicho). ¿Quién sabe si en este momento la *cobra* no se desliza bajo las sábanas de un pasajero para morderle esta noche?

—La *cobra* es sagrada para los brahamas (respondió Katchar). ¿No creen ellos que el alma de sus abuelos se aloja en ese reptil? Cuando matan un *cobra* en su presencia, compran los despojos y los queman piadosamente. Pues bien: si hubiese un brahama á bordo, podría anticipadamente comprar la piel de la *cobra di capello*, puesto que yo la mataré, como han matado los marinos á nuestros leones.

—¿Tú?

—Yo conozco las serpientes, y sé hasta qué

punto son temibles (dijo el indio con su tranquila sonrisa); ¡pero no las temo! He oído, sin embargo, á mi padre contar la más terrible de las historias. Se hallaba con uno de sus compañeros, hace bastantes años, perseguido por los soldados ingleses, con quienes habían combatido, siendo al fin derrotados. La noche se acercaba. Temiendo el ataque de las fieras ó de las serpientes, si se acostaba en el suelo, mi padre buscó un grupo de árboles, y no sin gran trabajo logró encaramarse á bastante altura, colocándose entre dos gruesas ramas de uno de ellos, situado al borde de una charca de agua fangosa y pestilente. Para no caer, se ligó por debajo de los brazos á una de las ramas con una cuerda que llevaba, y, fatigado como estaba, se quedó dormido. Al cabo de algún tiempo, dos horas acaso, gritos desgarradores que partían del pie del árbol le despertaron. Mi padre se inclinó, y vió no lejos de sí, bajo el árbol en que se había cobijado, á su pobre compañero devorado, sí, devorado vivo por los reptiles.

»El desgraciado había preferido acostarse en tierra, ó acaso, demasiado cansado, había intentado en vano subir á los árboles, y se había visto obligado á renunciar á semejante empresa. Lo cierto es que se hallaba estrangulado, con las serpientes enroscadas en todos sus miembros, mordido, chupado por aquellos repugnantes reptiles, que se retorcián sobre él y alrededor de su cuerpo como gusanos, reluciendo sus escamas con siniestras centellas á la claridad de la luna. Algunas serpientes arrancaban las orejas y las narices, ó vaciaban los ojos de aquella sangrienta cabeza, y otras se mordían entre sí, disputándose la ventaja de penetrar

las primeras en la boca de aquel sangriento despojo, de aquella masa de carne, huesos y sangre. Y todo aquel montón confuso, negro, verde, gris y rojo, silbaba y producía chasquidos secos, batiéndose y estrechándose sobre el cadáver, de que mi padre veía ya blanquear los huesos descubiertos, por haber los reptiles roído las carnes. A todo esto, nuevas y numerosas serpientes salían de todos lados, de debajo de los juncos y de los agujeros que se abrían en el fango, y se acercaban á aquella masa viscosa, en la que comían, picaban, laceraaban, arrancando girones de carne de las manos, los pies y los costados del indio muerto. ¡Entonces pensó mi padre que su turno iba á llegar pronto! Una serpiente gris le había visto sobre las ramas del árbol, y enroscándose alrededor del tronco, subía lentamente hacia mi padre en busca de una nueva presa. Después de aquel repugnante animal subían otros reptiles tan asquerosos como él, y, como él, ávidos y hambrientos. ¡Era la muerte! ¡Y qué muerte! La de aquel desgraciado compañero que había sido despedazado al pie del mismo árbol que le sustentaba! Mi padre desenvainó su largo machete, y en el momento en que la serpiente alargaba su fatídica cabeza para morderle, de un machetazo la cortó en dos, y el cuerpo enroscado del asqueroso bicho se deslizó retorciéndose, y arrastrando en su caída á las otras serpientes, en tanto que la cabeza cortada abría y cerraba con rapidez las mandíbulas, mordiendo en el vacío. Pero otras serpientes podían intentar de nuevo la ascensión, llegar hasta las ramas, donde, pálido y helado de espanto, permanecía mi padre esperando.

»Afortunadamente, empezaba á clarear el día,

y aquellos monstruos, asustados y rechazados por la luz que á cada momento iluminaba con más claridad, iban abandonando el cadáver y deslizándose presurosos hacia la laguna, y escondiéndose entre los juncos, ó introduciéndose en los agujeros del fango, produciendo en su huída siniestros ruidos. Poco después los reptiles todos habían desaparecido, el silencio volvió á reinar, y al aparecer el sol en el horizonte, mi padre descendió del árbol, y contempló algunos instantes aquellos restos, aquel esqueleto que el día antes había sido un hombre, un compañero valiente, que había esgrimido sus armas contra los ingleses, contra los odiosos y odiados opresores de su patria. Aquel valeroso compañero, cuya mano había estrechado con efusión el día antes, quedaba allí convertido en un montón de miseria repugnante. ¡He aquí por qué mi padre, que murió joven, murió con los cabellos blancos!

»¡Pues bien! (concluyó Katchar, con una especie de exaltación feroz.) ¡Dejad venir el día, mi maestro y amigo, y si las serpientes no han parecido, Katchar las encontrará, te lo jura!»

Placial movió la cabeza en señal de duda.

—Lo verás,—dijo con firmeza el indio.

Toda la noche que siguió, durante la cual el Capitán y su gente continuaron desesperados aquella caza extraña, Katchar se ocupó en practicar cuatro agujeros en una nuez de coco, y en cada uno de aquellos agujeros colocó un tubo, dos en la parte superior y dos en la inferior.

—¿Es eso para coger las serpientes?—le preguntó Placial.

—Dejad venir el día,—contestaba el indio.

El Capitán estaba excitado, nervioso, impaciente.

—¡Malditas serpientes! (decía.) ¡Son invisibles! ¡Oh! ¡Qué cosa tan atroz! Es decir, ¡voto á mil diablos!: que dentro de este buque hay seres que son la muerte, seres que se arrastran ahora en algún rincón amenazadores. ¡Peligros que no pueden combatirse! ¡Enemigos á quienes no se puede echar la mano! ¡Y qué enemigos! ¡Los más repugnantes, los más viles, los más cobardes! ¡Serpientes! Cree uno aperebirlas; avanza uno con el hacha levantada.... Es una cuerda enroscada. La luz de la linterna hace relucir sus escamas en la carbonera.... ¡Ah, al fin son ellas! Se aproxima uno.... Es un gancho de acero ó un tornillo de hierro. El peligro en todas partes, y sin poder hallar la causa en ninguna. ¡Algo de vago, de odioso y de amenazador como la ponzoña! Hay niños allá arriba, pequeñas criaturas rubias y sonrosadas que duermen como ángeles, ó que se despiertan en la cuna para llamar dulcemente á sus nodrizas ó á sus madres. ¡Y quién me dice que mañana por la mañana la nodriza ó la madre no hallará al pobre niño ahogado en su cuna por una de esas repugnantes serpientes que están ahí, bajo nuestros pies, á derecha ó á izquierda, ó sobre nuestras cabezas! ¿Qué se yo?; pero.... ¿dónde? ¿dónde están?

Dominado el Capitán por estos pensamientos, sentía que la fiebre se apoderaba de su cerebro. Era horrible esta situación, y Montpezat había llegado á maldecir al mismo Placial Estradère, á quien tanto admiraba poco antes, y que ahora le comprometía tan fuertemente.

Las palabras de Katchar, aquellas mismas que el indio había repetido á Placial, tranquilizaron un tanto al Capitán, dándole la paciencia necesaria para esperar.

—¡Dejad venir el día!

Cuando este llegó, Katchar bajó al entrepuente, seguido de Placial, de Montpezat, de un oficial y de algunos marineros.

—Para lo que voy á hacer (dijo), no tengo necesidad de tanta gente. ¡Pero no importa!

—¿No será necesario que conservemos las hachas?—preguntó el marinero bretón Yan Paul-laouec.

—¡Oh! Esto bastará,—contestó Kalchar, mostrando la nuez de coco agujereada.

Montpezat miraba al indio con aire incrédulo, casi irritado, como si después de haberle causado el terrible compromiso de poner en peligro la vida de los pasajeros del *Mistral*, Katchar y el domador fuesen á agregar una locura á aquel peligro.

—¡No veo claro cuál es vuestro proyecto (dijo con tono áspero); mas, en principio, creo que un revólver vale más que una zampona!

—Dejad hacer á Katchar (interrumpió Placial con firmeza). ¡Dejadle obrar!

El Capitán respondió simplemente levantando los hombros, como si quisiera decir: «Después de todo, le dejaré; pero no creo ni en brujerías ni en sortilegios».

Katchar, tomando su gaita, aplicó los labios á uno de los tubos colocados en los agujeros.

Entonces se dejó sentir, en el silencio inquieto que se produjo alrededor de Katchar, la voz de la

cantante de opereta, que se entretenía cantando allá arriba uno de los aires de la *Bella Helena*:

«Amigos, coronémonos de rosas.
¡Y bebamos, bebamos!

Entonces, como si Katchar hubiera querido contestar á esta canción con una música extraña, penetrante, lastimera é irritante á la vez, produjo con su nuez de coco sonidos agudos y extravagantes, que hicieron sentir escalofríos á los marineros.

Montpezat comprendió entonces. Comprendió que lo que ninguno había podido hacer, el hijo de los juncales indianos iba á realizarlo acaso, siguiendo el ejemplo de los encantadores de su país.

Estradère, pálido y agitado, fijaba sus ojos sobre el escuálido y cobrizo semblante de Katchar, cuyas pupilas aterciopeladas parecían, bajo sus largas pestañas, mirar más allá de los flancos del buque, y sumergirse en la contemplación de paisajes fantásticos de otras regiones.

Estaba verdaderamente bello el indio, parecido á una estatua de bronce, con sus labios pegados á la nuez de coco, cuyas notas agudas sonaban como una queja y atraían como una llamada.

Se adelantó paso á paso, lentamente, hacia los rincones más oscuros; después se paró de repente, y permaneció inmóvil, haciendo sonar en su gaita algunas notas precipitadas, de un timbre siniestro, y pocos momentos después señaló con su dedo en el pavimento alguna cosa que los demás no habían visto.

—¡Una serpiente!—dijo Placial, al cabo de un momento.

Los marineros miraban con espanto, y el Capitán, que adelantaba la cabeza, dijo en voz baja:

—¡No apercibo nada!

Pero Katchar, que se había bajado con rapidez, se levantó de repente, teniendo en su mano una larga serpiente, que se retorció alrededor de su brazo desnudo, con movimiento convulsivo.

—¡La *manddala naga*, la *manddala naga*!—gritó por dos veces Katchar, mostrando la serpiente con aire de triunfo.

La *manddala naga*, con su larga cabeza, su lomo de un negro brillante, sus treinta anillos blancos dividiendo su cuerpo en treinta partes iguales, variando del blanco al gris blanquecino, se retorció violentamente abriendo su boca amenazadora, mientras que Katchar decía fríamente y con la mayor sencillez:

—¡La caja!

Estradère le presentó la caja, desfondada la vispera por los leones, y á la sazón reparada, que, teniendo en la cubierta multitud de pequeños agujeros para dejar paso al aire, tenía además un fuerte candado para cerrarla.

El indio sonrió mirando á su amo, y extendió el brazo para encerrar la *manddala naga* en su prisión; mas, hallándose en aquel momento el reptil menos apretado por la mano de Katchar, dió una fuerte sacudida con todo su cuerpo, se deslizó entre los dedos de éste, y traidoramente le mordió en el puño, desgarrándole la carne como lo hubiera podido hacer el filo de un cuchillo.

—¡Desgraciado!—dijo Montpezat.

Katchar sonrió de nuevo, abrió con la ayuda de un pedazo de madera la boca de la horrible ser-

piente, y mostrando á los marineros atónitos los temibles dientes del asqueroso reptil:

—¡Aquí está el veneno!—dijo.

Y arrancó bruscamente los dientes de la boca ensangrentada de la serpiente, lanzándola con cólera, por medio de un rápido movimiento, en la caja abierta por Placial, cerrrándola éste instantáneamente.

—¿Katchar está, pues, perdido? (preguntó en voz baja el Capitán al domador, mostrando con la mirada la herida del indio.) ¿Esa mordedura?...

—Esto no es nada,—respondió Katchar, como si hubiera oído la pregunta del marino, y ésta hubiera sido dirigida á él.

Y, sin dejar de sonreír, sacó de su bolsillo una raíz que mojó en agua, la raíz de naga, y abriendo su herida, se puso á frotar lentamente la parte desgarrada.

Después llevó de nuevo la gaita á sus labios, y volvió á producir los sonidos extravagantes y caprichosos, que esta vez hicieron estremecer más intensamente aún á los tripulantes, instruídos ya de lo que significaba aquella lúgubre llamada.

Y mientras que todos aquellos hombres interrogaban con ojos ávidos é inquietos la penumbra del entrepuente, como si de todos lados debieran surgir serpientes, la cantante, cuya voz llegaba muy debilitada hasta ellos, atacaba alegremente otra canción que aplaudían los pasajeros, ignorantes del peligro que corrían:

«¡Evohé! ¡ que las diosas tienen
Un chusco modo de obrar! »

Katchar, ensangrentado, con la frente empapada en sudor, con la vista extraviada, continuaba soplando en su gaita, y produciendo como quejidos lastimeros en su raro instrumento. Después, bajándose bruscamente como lo había hecho antes, sacó de detrás de un barril, furiosa y silbando, una *kolaga manddala*, de un gris negro, gruesa, pesada, espantosa, con la cola delgada, y la lanzó con fuerza sobre el suelo, sujetándola contra el pavimento con una baqueta de fusil, y arrancándole los dientes, esta vez sin haber sido mordido.

—¡La caja!—gritó de nuevo Katchar triunfante.

Y cuando introducía, bajo su tapa, medio entreabierto por Placial, el reptil vencido, que se agitó con violencia contra las paredes de su prisión, faltó poco para que los marineros no aplaudiesen á este ágil, bello y valeroso joven, que parecía en aquel momento un semidios del Indostán.

—¡Ahora la cobra!—dijo Katchar, que se animaba y se exaltaba en este juego terrible y peligroso, como debían hacerlo, delirantes, las sibilas sobre su trípode.

Y continuó su música caprichosa, mientras que los marinos, seducidos, llenos de estupor y de admiración, le seguían con la vista, en tanto que Montpezat murmuraba en voz baja:

—Me han contado muchas historias de este género, y aun he leído en el *Ausland*, aventuras de encantadores en el Décan, en Mangalore, que ciertamente se asemejan mucho á esto que presentamos. ¡Pero lléveme el diablo si yo creía que fuese posible una cosa semejante!

—¡La cobra! ¡La cobra!—gritó el indio con voz estridente, y como si hubiera querido atraer á sí

con la voz *la cobra di capello*, la *naja tripudians*, la terrible serpiente de anteojos.

En seguida continuó produciendo con su nuez de coco sonidos chillones, rechinamientos y notas seductoras y atrayentes, como las de las músicas primitivas y salvajes.

No fué la *cobra*, sino la serpiente azul, el *hasaru sarba*, la que se presentó, azul como una turquesa con reflejos de esmeralda, que apareció esta vez resbalando sobre el pavimento, con su cabeza extrañamente puntiaguda. Katchar recogió el reptil como si hubiera sido un objeto precioso, una joya soberbia, y tuvo algún tiempo suspendido sobre su frente el *hawu* ó *hasaru*, que trataba de enderezarse, y contoneándose en el vacío, parecía un precioso tubo movable de un azul verdoso.

Pero en tanto que Katchar, sonriendo, mostraba á los marinos la serpiente azul sin veneno, Placial apercibió deslizándose, subiendo amenazadora por una de las paredes del entrepuente, la *cobra* que buscaba el indio, y se adelantó rápidamente hacia el reptil con un hacha en la mano.

—¡No, no! (dijo Katchar, deteniéndole.) ¡Todas vivas! ¡Yo las quiero todas vivas!

Arrojó el *hawu* en la caja, y corrió á la *cobra di capello*, empuñándola y arrancándole los dientes. Después la lanzó lejos de sí con desprecio, y cogiendo de nuevo su instrumento, hizo bailar delante de sí, delante de aquellos marinos estupefactos, la serpiente, que se levantaba derecha y rígida en la mitad de su longitud, se balanceaba de un lado al otro torpemente, como si hubiera querido seguir las vibraciones producidas en el aire por los sonidos agudos de la gaita.

Nada más sorprendente, más extraño y admirable que la vista de este hombre, que iba, venía y giraba sobre sí mismo, que la serpiente de anteojos siguiendo en cierto modo aquellos movimientos, arrastrándose, volviéndose, contrayéndose ó estirándose, pero suspendida, esclavizada siempre por la especie de magnetismo que ejercía sobre ella la música de esta nuez de coco, que la atraía como la varilla de hierro es atraída por el imán.

—¡Bravo! ¡Bravo! (gritó el capitán Montpezat.) Pues bien; á fe mia, que no siento las rudas impresiones que he experimentado esta noche, puesto que me han permitido presenciar semejante espectáculo.

Iba derecho al encuentro de Katchar, en el momento en que el indio recogía la *cobra* domada, sin fuerza, y la llevaba á su caja, donde ya las otras tres serpientes se agitaban bajo sus fundas de lana gris, y animado por el mismo sentimiento que le había impulsado á felicitar á Estradère, dió las gracias á Katchar con una voz vibrante de efusión.

—¿Felicitar me? (dijo el indio.) ¿Y por qué? Lo que yo he hecho es bien sencillo.

—¿Y vuestra herida?

—¡Mi herida!

—¡Sí; vuestra herida, de la que aún brota sangre! ¡El cirujano, el cirujano!

—¡Oh! (dijo Katchar.) La mejor cirugía es la raíz de *naga*. He conservado de esta raíz desde hace muchos años, y (añadió el indio con singular sonrisa) la desgracia es que no puedo curar más que la mordedura de las serpientes y no las de los hombres. Es lástima, porque los hombres son más venenosos.

29829

Montpezat subió á la cubierta del *Mistral*, no poco sorprendido de la respuesta de Katchar. Cuando quedaron solos en el entrepuente con los marineros, el domador y el indio fueron festejados y felicitados por aquellos como héroes, mientras que la cantante de opereta modulaba una canción parisién, dejando oír entre el ruido del mar sus atrevidas y agudas notas.

III.

Placial Estradère.

El capitán Montpezat se hallaba verdaderamente sorprendido.

—¿Quién es ese diablo de indio? (se preguntaba.) ¿Un demonio? ¿Y el otro, el perigordés, mi paisano? ¿Se pueden imaginar seres más serenos ni más bravos? El que me cuente sus historias, me proporcionará un gran placer.

Desde que el capitán Montpezat conoció á Placial Estradère, había creído entrever en éste un hombre extraordinario.

Durante la travesía habían sostenido largas conversaciones; y como, por otra parte, un paisano es casi un amigo, y los comunes recuerdos de la infancia reposaban, por decirlo así, al pie de las mismas viñas, bajo los mismos castaños ó higueras perigordesas, una simpatía profunda, desarrollada rápidamente, se había establecido entre ambos.

El Capitán, que tenía un profundo conocimiento de los hombres, había, desde la primera entrevista, adivinado en Placial Estradère una de esas naturalezas privilegiadas, enérgicas, tan duras como el acero, que no tienen nada de la ligereza y movilidad común.